

LA PARTICIPACIÓN SOCIAL DESDE LA PERSPECTIVA DE LA JUVENTUD CUBANA

Desirée Cristóbal Allende

María Isabel Domínguez¹

Dadas las actuales circunstancias sociales y políticas en que vive el mundo, el tema de la participación sociopolítica de los jóvenes constituye – tal vez hoy más que nunca – una línea de obligatorio desarrollo en un contexto de indagación e investigación acerca de la participación social general.

Como apuntan recientes trabajos referidos al tema, conocer cómo perciben los/as jóvenes la participación y dentro de esta la suya propia, adentrarse en las nuevas y cambiantes formas que en los últimos tiempos ha venido adoptando, es una tarea de impostergable cumplimiento, en la inmensa agenda que para el desarrollo de nuestras sociedades ha sido prevista.

Su relación con la Integración Social², por considerársele área clave de inserción social y espacio para la socialización en las normas y valores sociales, la convierten en un indicador de gran trascendencia y relevancia para académicos y órganos de gobierno y ONG's, en momentos en que se reconoce la existencia de una creciente apatía política y descompromiso entre la juventud a nivel internacional, que en algunos países comienza a convertirse en fenómeno de base estructural.

¹ Ponencia presentada en el III Taller “Participación social y Cultura. Acercamiento teórico y práctico en la Cuba actual”, Centro “Juan Marinello”, La Habana, 2002 y pendiente de publicación en compilación del Taller

² En nuestra concepción, I.S. es la compleja red de relaciones que se entretiene entre los tres elementos básicos de su existencia: **justicia social, participación y cohesión nacional**. El elemento central que sirve como hilo conductor entre cada uno de estos tres factores, es la posibilidad de inserción social real que brinda el modelo social, a la vez que los indicadores para evaluar los niveles de I.S. logrados pasan por la medición de la inserción alcanzada por los grupos e individuos como expresión concreta en el plano estructural de la justicia social y la participación.

Los debates en diversos forums internacionales señalan que la exclusión del estudio y el trabajo que sufren hoy grandes masas poblacionales a nivel mundial, y particularmente la juventud, atenta de manera directa contra su participación a nivel político. Ese hecho expresa graves cuestionamientos a los discursos sobre una pretendida democracia, que en consecuencia se han vuelto cada vez más falsos e insostenibles.

La existencia de la democracia y su ejercicio significan simultáneamente la igualdad política de todos/as los/las ciudadanos/as y grupos sociales para participar en la toma de decisiones y la igualdad social para participar de los bienes y servicios de la sociedad; ello quiere decir que sin equidad social no es posible la igualdad política, menos aún la democracia (Domínguez y Ferrer, 1993a).

La desinserción que afecta hoy a buena parte de los/as jóvenes en casi todas las regiones del mundo – con sus matices por supuesto – constituye una condición que favorece la desintegración social.

En la región latinoamericana – la más desigual del mundo hoy – la participación juvenil a nivel social es uno de los grandes problemas, y en el plano político, de un modo especial, la marginación de la juventud se sitúa entre los de más difícil solución. Por ejemplo, durante la IX Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud, celebrada en Lisboa en 1999³, se valoraba la exclusión de los/as jóvenes del sistema político de este modo: *“los jóvenes representan una demanda poco estructurada y diversa que hace difícil acceder a ella. Tienen un bajo conocimiento de sus derechos, un bajo nivel de organizaciones representativas que velen por sus intereses y, por lo tanto, necesidades que no siempre pueden establecerse con claridad. En la arena política, no se encuentra prácticamente ninguna organización juvenil de consideración, de allí que las políticas resultantes de los procesos de negociación no contemplen a los jóvenes. Incluso, cuando los jóvenes son tomados en cuenta en las políticas públicas en general es un resultado de decisiones sobre temas centrales a la sociedad, como son la educación y la*

³ En esa cita el tema de la Integración social juvenil fue eje central de debate, y dentro de él la participación sociopolítica ocupó un espacio trascendental

salud. En estos casos, los jóvenes son tomados en cuenta, no tanto en cuanto actores en la toma de decisiones, sino como receptores de las políticas sectoriales. Esta substracción de los jóvenes de la política, por lo demás, es también de vital importancia para el sistema político, pues pierde oportunidad de ganar en la legitimidad que solo la participación de todos los ciudadanos puede dar. Son los mismos jóvenes que con su abstención y voto de protesta están castigando al sistema de consenso político por su marginación (no obstante que visto desde otra perspectiva, este sistema político aparece tan exitoso en los procesos de transición a la democracia en la mayoría de nuestros países)” (Quintana, 1998).

En el ámbito académico algunos estudiosos han explicado que *“el desinterés por la participación política, sobre todo en el caso de los jóvenes puede asociarse a la interrelación de dos fenómenos: -- la ausencia de una meta nacional, de un plan que dé sentido a la acción política y dentro del cual los jóvenes se sientan parte y – la pérdida de la capacidad de socialización de las instituciones tradicionales (familia, escuela, trabajo, organizaciones sociopolíticas), porque son las representantes de un orden social que no logra incluirlos”* (Parra, 1986).

Otros análisis que han intentado explicar las razones de la falta de participación hacen referencia a las dificultades para constituir estructuras de representación de los distintos sectores de la juventud ante los centros de decisión, así como su descreimiento acerca de las instituciones políticas existentes.

Diferentes autores/as opinan que la participación política juvenil, que antes adquiría rasgos contestatarios y de transformación estructural, parece haber dado paso a comportamientos heterogéneos que no proponen la transformación del sistema sino más bien la construcción de un “privado armonioso”, se refugian en el escepticismo y mientras que se restringe la participación en partidos políticos, sindicatos, movimientos estudiantiles, etc., surgen otras formas de expresión juvenil: movimientos de rock, “bandas”, que pueden llegar a la anomia – incluida la drogadicción – o la violencia.

Por eso, especialistas en el tema juvenil llaman a considerar la participación de este sector de la sociedad no solo desde su relación de empoderamiento respecto del sector adulto, sino que deben reconocerse las formas propias de empoderamiento que construyen y las transformaciones que se han dado en la expresión de los contenidos de la participación juvenil (Krauskopf, 2000).

En Cuba, indiscutiblemente la participación popular ha sido una condición inherente a la Revolución cubana desde su instauración en 1959. Aunque se reconoce que conceptualmente el término varía según la esfera de que se trate, en general, es definido como **la capacidad y la actividad de las grandes mayorías para actuar en la toma de decisiones, en las relaciones de poder y de influencia en distintos niveles de desarrollo social**. Se plantea que en la transición al socialismo y en el caso de Cuba en particular, la participación es en gran medida política por varias razones: la relación de la política con la actividad de toma de decisiones que afectan las relaciones de poder existentes; la naturaleza y alcance de los cambios revolucionarios que actúan sobre las relaciones entre clases y sectores sociales; el fuerte contenido social que adquiere la política en la transición al socialismo donde ésta deja de ser un fin en sí misma y se convierte en un instrumento para la consecución de profundas transformaciones sociales. (Fernández, 1996).

Para nuestro análisis entenderemos la participación como **el acceso y la presencia real de los individuos y los grupos en las instituciones y organizaciones económicas, sociales y políticas de la nación y la posibilidad de intervenir en las decisiones que le conciernen no solo como beneficiarios sino también como formuladores de estas decisiones**.

Desde el punto de vista histórico, un rasgo característico de la participación popular en Cuba fue siempre el fuerte protagonismo juvenil en los procesos sociales y políticos revolucionarios llevados a cabo. Luego del triunfo de 1959 dicha tendencia se consolida (sobre todo en los primeros años) y los/as jóvenes comienzan a asumir un

papel relevante en tareas de diversa índole, hasta llegar a constituir un segmento estratégico para el desarrollo de la nación.

“La juventud potenció su participación sociopolítica a partir de una fuerte inserción social, resultante de las nuevas condiciones creadas para el acceso a la educación a todos los niveles. Ambos factores: acceso a la educación y al empleo, provocaron intensos procesos de movilidad social ascendente (...). Y la oportunidad de ingreso a la vida adulta con perspectivas de progreso legitimó el significado del cambio y reforzó su participación y su compromiso(...) Esa generación tuvo la posibilidad de poner en práctica un nuevo estilo de participación que conectaba la satisfacción de sus necesidades con la búsqueda de soluciones a los problemas de los grupos mayoritarios de la población” (Domínguez, 2000)

Estudios anteriores realizados por el Equipo Juventud del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), han hecho referencia a cómo, hasta mediados de la década de los años 80, la participación de la juventud, sobre todo en los ámbitos de la educación y el empleo, continuó consolidándose, mientras la participación sociopolítica a nivel social comienza a registrar cierta reducción debido a cuestiones tales como la mayor estabilidad del proyecto social y el paso a la institucionalización, así como un mayor acercamiento al modelo de construcción socialista de Europa Oriental, con la consecuente adopción de modelos de dirección y planificación de la economía y de institucionalización estatal con un alto contenido burocrático. La adopción de ese esquema cambió el significado social de muchas acciones y el papel real de los/las ciudadanos/as en la toma de decisiones, lo que se expresó en cierta formalización de los espacios participativos existentes y en las prácticas concretas (Domínguez, 1996).

Y aunque aún en esa etapa se mantuvieron amplias demandas de participación para la juventud en tareas políticas y sociales, a fines de los años 80 comenzó a registrarse una segmentación en la actividad de este grupo.

Lo anterior fue reconocido por las más altas instancias de dirección de la principal organización juvenil, que se propuso - como parte del Proceso de Rectificación de Errores iniciado en la segunda mitad de esa década- cambios sustanciales en los métodos y estilos de trabajo.

A pesar de esas reducciones, la participación social de la juventud mantenía niveles relativamente significativos. Más de medio millón de jóvenes militaba en la organización política juvenil y durante ese período, los/as menores de 30 años representaban alrededor del 20% o más de los/las Diputados/as a la Asamblea Nacional del Poder Popular y de los/las representantes de los gobiernos provinciales y municipales (UJC, 1990, 133, 116). Un tercio de toda la generación joven de esos momentos había desarrollado una actividad social que se evaluó como alta (Domínguez et.al., 1990).

En investigaciones realizadas a fines de esa década, las aspiraciones de naturaleza sociopolítica fueron expresadas por alrededor del 16% de los/as jóvenes estudiados, lo que ubicó esta esfera en el quinto lugar de sus principales deseos, aunque entre los/las estudiantes llegó a ocupar el segundo lugar. Se mencionaban deseos tales como contribuir al desarrollo del país; ser útil a la sociedad; defender el país; lograr la unidad e igualdad entre los pueblos; que Cuba se desarrolle y construya el socialismo; que se evite la guerra; ser internacionalista y ser militante de la UJC o el PCC, entre otros.

De igual forma, elementos de naturaleza sociopolítica como haber participado en tareas sociales importantes; haber cumplido misiones internacionalistas; haber obtenido la militancia de la UJC o el PCC o haber recibido algún estímulo político, constituyeron la principal satisfacción del 23% de la juventud estudiada. Otros como el peligro de invasión a Cuba; la situación que ya se percibía en la URSS; o determinados hechos políticos como la guerra de Angola o la invasión a Granada; así como elementos con una incidencia personal o familiar directa como haber cumplido misión internacionalista o tener algún familiar haciéndolo, constituyeron la principal

preocupación para alrededor del 10% del grupo, aunque también en este caso, entre los/las estudiantes se elevó hasta cerca de la quinta parte.

Paralelamente se expresaron preocupaciones sociales referidas a los temas sociopolíticos, entre los que se señalaron falta de exigencia en la sociedad; poca participación social; corrupción administrativa, amiguismo y mal ejemplo de algunos dirigentes; diferencias sociales (de clases y raciales) y necesidad de llevar adelante el Proceso de Rectificación, los que fueron identificadas por el 12% como el principal problema de la sociedad identificado en esa ocasión.

Quiere decir, que en ese período los temas de naturaleza sociopolítica ocupaban un lugar de relevancia en las aspiraciones y preocupaciones de sectores significativamente considerables de la juventud (Domínguez et.al., 1990).

Los años 90. Antecedentes más inmediatos.

A lo largo de toda esta década, aunque a nivel macrosocial se mantuvo un alto peso de participación juvenil en actividades sociales y económicas de importancia e incluso en la dirección estatal y política, junto a elevados índices de pertenencia a organizaciones, simultáneamente se constató el crecimiento de la pasividad en algunos sectores de la juventud frente a tareas de esa naturaleza (Domínguez y Ferrer, 1993; CESJ, 1994; Domínguez, Cristóbal y Domínguez, 2000).

Ello se asocia al incremento de la heterogeneidad subjetiva que, como resultado de la creciente heterogeneidad estructural, comienza a producirse entre la juventud, en particular en cuanto a expectativas, valores y cultura política, expresado en una diversidad de posiciones ante la participación que van desde el compromiso activo hasta la pasividad (Domínguez, 1997).

En 1998, el VII Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas valoró la situación de la participación juvenil e identificó un conjunto de deficiencias tales como el mal funcionamiento de los C/B; la ostensible disminución del número de jóvenes con

interés en ingresar a las filas del PCC; la pérdida de efectividad del trabajo de la organización entre los jóvenes no militantes; así como la disminución de la cantidad de militantes en el sector de la cultura (UJC, 1998).

También la FEU en su VI Congreso, celebrado en 1999 centró sus debates en el tema del funcionamiento a nivel de base argumentando en su Informe Central que *“aún un número importante de brigadas no son un espacio de debate franco y abierto”*. Las estructuras de dirección incompletas, la acumulación de cargos en pocas personas, y la falta de sistematicidad también fueron señalados como importantes indicadores negativos en el trabajo de la organización. (FEU, 1999)

No obstante, en esa fecha, los datos estadísticos generales – recogidos en este informe – expresaban que uno de cada cuatro miembros de la FEEM pertenecía a la UJC, así como uno de cada dos estudiantes universitarios. Entre los/as jóvenes pertenecientes al sector de la Salud el 64,3% militaba en las filas de la organización. La estabilidad de los cuadros había aumentado al situarse en un 46,2%, así como la asistencia a las reuniones de los militantes que había llegado a alcanzar un 80,4%.

Por otra parte, en los datos de las últimas elecciones de delegados/as a las Asambleas Municipales y Provinciales del Poder Popular, fue seleccionado un 9,8% de jóvenes menores de 30 años en esos cargos, aunque esa cifra representa una considerable reducción en relación con períodos anteriores (ANPP, 2000).

Las cifras evidencian que la incorporación de la juventud a las organizaciones se conserva en parámetros que pueden considerarse relativamente altos para las circunstancias internas e internacionales actuales, pero existen problemas tanto estructurales como subjetivos, que atentan contra la consolidación de cada una de ellas y en su conjunto, como espacios participativos y escenarios para su integración.

En este trabajo se intenta de manera sintética resaltar algunos elementos fundamentales que – como parte de la investigación “Integración y desintegración social de la juventud cubana. Procesos objetivos y subjetividad juvenil” – obtuviera

nuestro equipo de investigación, acerca de la manera en que tiene lugar el proceso de participación sociopolítica de la juventud cubana actual, a partir de un análisis de su inserción en las diferentes organizaciones existentes, así como su percepción acerca del funcionamiento sociopolítico de la sociedad y su rol dentro de ésta⁴.

La participación sociopolítica de la juventud cubana.

Está claro que la pertenencia a organizaciones es solo una premisa para la participación y no un indicador de su magnitud e intensidad, no cabe dudas de que es un elemento a tomar en cuenta. La investigación confirma que existe una elevada incorporación de los/as jóvenes a las organizaciones políticas y de masas de la sociedad.

En relación con el número de jóvenes que ocupan puestos de dirección en las distintas organizaciones, se evidencia una mayor participación en este sentido en las organizaciones propiamente juveniles; con una mayor representación femenina en tareas de este tipo así como de los/as jóvenes dirigentes y profesionales, muy en contraste con los/as cuentapropistas (los/as únicos/as que no tienen participación en tareas de dirección)

En cuanto a la pertenencia a la UJC, más de la mitad de los/as jóvenes expresó ser o haber sido miembro de la misma aunque, de ellos, el 12,6% había abandonado las filas.

⁴ Por la naturaleza de la investigación y la sensibilidad de los temas en los que se pretendía profundizar, se decidió utilizar una perspectiva metodológica que contemplara de forma balanceada e integral los enfoques cuantitativo y cualitativo.

La muestra seleccionada persiguió una representatividad de naturaleza cuantitativa y se combinaron dos criterios básicos de selección: el grupo socioclasista y el territorio.

Del universo conformado por la juventud cubana de ambos géneros, comprendida entre 14 y 30 años de edad, se estudiaron todos los grupos con excepción de los/as militares. Los mismos fueron :

- Obreros y trabajadores de servicio
- Trabajadores intelectuales (profesionales)
- Dirigentes
- Campesinos
- Estudiantes
- Trabajadores por cuenta propia
- Desvinculados del estudio y del trabajo.

Los territorios seleccionados a partir de un conjunto de indicadores fueron Ciudad de la Habana, Pinar del Río y Granma

Las técnicas empleadas en la indagación fueron la entrevista a profundidad semiestructurada y el cuestionario. Para el análisis de la información cualitativa se utilizó el procedimiento de “reproducción del discurso” de los propios sujetos, con una primera identificación de los consensos y posiciones promedio, que se complementan con las restantes tendencias minoritarias que aparecen, llegando incluso a mostrar los casos aislados que reflejan significativamente distancias del promedio, ya sea en un sentido u otro. Para la información cuantitativa, se realizaron procesamientos estadísticos a través del SPSS.

En este punto vale la pena aclarar que la mayor permanencia fue encontrada en el grupo de dirigentes al tiempo que entre los/as cuentapropistas ésta era nula.

Las principales razones expresadas para permanecer fueron: el compromiso con la organización y el proyecto social; el gusto o interés; así como el reconocimiento de actitudes positivas dentro de la organización a través del ejemplo de personas cercanas. Mientras, entre los motivos para no hacerlo, alcanzó un mayor peso el mal funcionamiento de la organización seguido por otros de índole personal y las altas exigencias de pertenecer.

Para la comprensión del significado de la participación resulta interesante constatar que la esfera sociopolítica no tiene una marcada relevancia entre las principales aspiraciones, satisfacciones y preocupaciones de la juventud (constituye la esfera de mayor jerarquía para un segmento inferior a la décima parte).

Esas son cifras superiores a las que se obtienen en investigaciones realizadas en otros países del mundo, las que han comprobado que la esfera sociopolítica ocupa un lugar relativamente modesto en el horizonte espiritual de la mayoría de las personas pues ella tiene un impacto reducido e indirecto sobre su satisfacción vital en comparación con otras esferas como la familia, los estudios, la satisfacción laboral o la recreación. Sin embargo, en un contexto como el cubano en que las relaciones sociales y políticas han sido potenciadas, la prioridad que la juventud brinda a esta esfera es reducida a la vez que se aprecia su disminución si se compara con etapas anteriores (Domínguez et.al., 2002).

Con el objetivo de ampliar las visiones que tiene la juventud acerca de la participación se indagó además sobre cuestiones tales como: -- ¿Qué entienden por “participación”? – en la consideración de que para poder comprender la posición de la juventud ante las cuestiones relacionadas con la vida social y política y particularmente a nivel de grupo e individual, es importante partir de cómo es entendida por ellos/as la

participación de modo conceptual; – ¿Cómo ven el funcionamiento de las organizaciones?; -- ¿Cómo se valora la participación juvenil en general?; -- ¿Cómo ven su propia participación?.

Existe una visión bastante generalizada que define la participación como un acto que implica esencialmente el cumplimiento o la realización de tareas y/o actividades convocadas. Estas definiciones, en la mayor parte de los casos, constituyen visiones estrechas, las que no se refieren a los beneficios, objetivos, o la relación entre los sujetos involucrados.

Aunque en algunos grupos o casos específicos se encontraran matices relativos al tema, como entre algunos estudiantes que la conciben como el cumplimiento de un deber y/o una forma de apoyo al país o la Revolución; o en otros casos que la sitúan como un proceso dinámico, activo, cuyo fin último es la búsqueda de solución a un problema del colectivo; estos criterios, no llegan a alcanzar en toda su dimensión la idea del verdadero proceso participativo.

La participación, vista como la posibilidad de expresar y compartir criterios y opiniones sin limitación de ninguna clase, y donde la relación individuo-colectividad adquiere un mayor sentido fue expresada de forma poco frecuente, fundamentalmente entre jóvenes profesionales, dirigentes y algunos/as obreros/as, y la posibilidad de intervenir en las decisiones apenas fue mencionada.

El concepto de participación prevaleciente para cada uno de estos grupos e individuos, estará determinando en buena medida el resto de sus percepciones en relación con la participación política de los/as jóvenes a nivel social y personal, lo que puede constatarse al indagar sobre el resto de las cuestiones antes apuntadas.

La forma en que se percibe la presencia de organizaciones políticas y de masas en la sociedad guarda estrecho vínculo con el criterio anterior. De manera bastante mayoritaria, la existencia de estas organizaciones es valorada como positiva y se resalta su papel como instrumentos para el logro de unidad y organización social

fundamentalmente. Aunque se aprecian profundizaciones en algunos grupos, en casi todos existe consenso en cuanto a la importancia que les conceden como dispositivos para la información, orientación, formación política y concientización, por lo que se le llega a asignar en algunos casos un papel significativo en la defensa y el desarrollo de la sociedad, el país y/o el proyecto social vigente. En casos muy aislados – y solo entre profesionales y dirigentes – aparece la idea explícita de que las organizaciones constituyen un espacio para estar integrados, expresar criterios y un modo de identificación ideológica de las personas.

Sin embargo, las valoraciones anteriores se plantean desde formulaciones más bien teóricas. En la práctica existe de una manera bastante extendida, aunque no llega a ser mayoritaria, una valoración no tan positiva que tiene que ver, principalmente, con los métodos y estilos de trabajo que en ellas imperan y la forma en que desempeñan su papel, que si bien entraña – sea de manera explícita o implícita – una crítica, ésta parte de un enfoque predominantemente constructivo y puede decirse que está sustentada sobre la base de un compromiso individual con el proyecto social. Resulta interesante que entre jóvenes que han ocupado u ocupan cargos políticos más allá del nivel de base dentro de las propias organizaciones, tales críticas están presentes, y superan cierto formalismo que está presente en las opiniones de otros/as jóvenes sin cargos de dirección.

Todo indica que un elemento clave es la experiencia individual que el/la joven en cuestión haya tenido en su paso por cada una de las organizaciones, y en ese sentido está claro que para aquellos/as que han ocupado u ocupan responsabilidades dentro de ellas, las dificultades y limitaciones en términos generales se hacen más evidentes, pues sus criterios no se circunscriben al marco estrecho del C/B o el CDR concreto al cual pertenecen – por poner ejemplos – sino que cuentan con la visión de cómo se dan esos procesos en diferentes espacios, ya sean territoriales, sectoriales, etc.

También es importante señalar que entre las alusiones críticas al trabajo de organizaciones específicas, destacan aquellas que se refieren a la CTC, donde predominan los criterios que califican su papel de forma bastante negativa bajo dos argumentos fundamentales: por un lado, la idea de que la mayor parte de las veces queda reducida a un instrumento de las administraciones y no representan los intereses de los trabajadores, y, por otro lado, el trabajo poco diferenciado con los/as jóvenes.

Otras valoraciones, aunque no son generalizadas – entre algunos/as profesionales, sobre todo de la Capital –, brindan una visión bastante crítica del escaso papel de las organizaciones, las cuales no logran responder adecuadamente a las necesidades de la población en general y de la juventud en particular, lo que argumentan a partir de un análisis de las transformaciones acontecidas en el contexto social. Tales opiniones, si bien llegan a reconocer elementos positivos en el funcionamiento de las organizaciones, recrean de manera implícita una serie de cuestionamientos respecto de las mismas, como su falta de capacidad para constituir un espacio de representación y participación social para la juventud, en las actuales circunstancias.

Al hablar de las organizaciones propiamente juveniles y políticas – FEEM, FEU, UJC – las posiciones antes mencionadas se hacen más evidentes. En estos casos, aunque para la mayoría representan los intereses de los/as jóvenes, no son pocos/as los/as que alegan que deben mejorar, sobre todo en cuanto a los estilos y métodos de trabajo con que desempeñan su rol. Aunque las opiniones son dadas en términos generales, puede apreciarse entre algunos/as jóvenes cierta tendencia a diferenciar, en cuanto a la efectividad del trabajo de cada una de ellas (sobre todo la FEU y la UJC) a favor de la primera.

En el caso de la UJC, las razones que, según estos/as jóvenes, están incidiendo en que algunos/as no deseen integrar sus filas tienen que ver básicamente con lo que representa la organización para muchos/as: altos niveles de exigencia y poca estimulación, limitación de sus funciones al marco de las reuniones y el pago de la

cotización. En este último punto, vale la pena señalar la diferencia que se establece, por un lado, entre aquellos/as que lo plantean en términos de una imagen, de algo que en la práctica no necesariamente es así, y que asocian a la falta de conocimiento en relación con lo que verdaderamente es la organización y, por otro, aquellos/as que lo plantean como un hecho objetivo en el que sus experiencias personales sirven de ejemplo.

En este mismo aspecto resulta interesante que además de los criterios antes mencionados, otros/as ponen como elemento fundamental de su análisis, el contexto social y político y su relación determinante con el rechazo de algunos/as jóvenes a ingresar y su escasa participación.

No son pocos los/as que hablan de un debilitamiento del papel de la UJC en la asignación de status y prestigio social en relación con épocas anteriores. En el fondo de tales consideraciones, existe una visión utilitarista de la organización como tal, que sitúa en un segundo plano el compromiso político individual. Aunque de forma aislada, algunos/as mencionan como una razón más de la escasa participación, la idea de la discrepancia ideológica.

Otro de los temas que, aunque no salió con mucha fuerza, está presente a la hora de analizar el funcionamiento de las organizaciones, sobre todo las juveniles, es el de las diferencias en los distintos niveles. Entre los/as jóvenes que lo tratan – fundamentalmente con responsabilidades políticas o una larga trayectoria dentro de las organizaciones – predominó una visión que apunta indistintamente a la falta de correspondencia entre lo que se orienta por los niveles superiores y lo que le interesa o pueden hacer en la base, el mal trabajo de algunos/as instructores/as, la poca flexibilidad con que acometen su tarea de orientación y las mayores dificultades en la base. Aunque de forma poco frecuente, varios/as jóvenes insisten en la importancia de un trabajo eficiente de dirección, y de manera más específica del cuadro centro, en el buen funcionamiento de las organizaciones.

Muy en correspondencia con cada uno de los enfoques hasta ahora vistos, está la valoración que los/as jóvenes hacen de la participación juvenil en general. Así, aunque está bastante extendido el criterio de que es posible contar con ellos/as y que de hecho su participación como grupo social es buena, es ligeramente mayoritario el grupo de los que consideran que existen deficiencias, las que se asocian a la falta de motivación de los/as jóvenes dada la situación de crisis actual.

También, aunque de manera mucho menos frecuente, se encuentra la visión de que la participación es buena solo en aquellos/as que estudian o trabajan y se encuentran integrados/as. Este último enfoque, aunque minoritario, es muy importante ya que alude a uno de los problemas que incluso la propia organización juvenil ha reconocido en los últimos años: las limitaciones en su alcance e influencia entre jóvenes desvinculados/as.

Vinculado a lo anterior está la caracterización que desde el punto de vista político se hace de la juventud como grupo. En ese sentido las valoraciones siguen una misma lógica de enfoque: uno positivo (que habla de la mayoría, es decir, no llega a ser absoluto) y uno negativo. Aquí es importante resaltar dos elementos: en primer lugar, es en este punto más que en ningún otro, donde el vínculo entre lo que entienden los/as jóvenes por participación y la manera en que ésta es evaluada se hace mucho más claro y, en segundo lugar, se aprecia con nitidez la distancia que se establece entre los dos discursos: el que se refiere al comportamiento colectivo y al individual.

La mayor parte de los/as entrevistados/as valora de buena o muy buena su participación individual al considerar que cumplen de manera integral con todo lo que se les orienta, participan en las actividades a las que son convocados/as y le atribuyen un gran significado en lo personal, al afirmar indistintamente que pertenecer a esas organizaciones y participar en ellas 1) es un orgullo, un reconocimiento; 2) es un compromiso con la Revolución, un deber; 3) al hacerlo contribuyen al desarrollo del país y/o la defensa del proyecto social vigente y aportan en la solución de problemas,

están siendo útiles. Solo unos/as pocos/as, fundamentalmente dirigentes, consideran que su participación sin ser mala podría ser mejor.

Mientras, por otra parte, la minoría – aquellos/as que antes expresaron reflexiones en torno a la falta de motivación de la juventud a partir de la situación actual — mantuvieron un mismo discurso que redundó en una pérdida de significado en sentido individual en relación con su propia pertenencia y participación en las organizaciones.

A pesar de todo lo anterior, la absoluta mayoría de los/as jóvenes – exceptuando casos muy aislados – consideran que no es necesario crear nuevas organizaciones, que lo importante es lograr que las que existen funcionen adecuadamente.

Los elementos hasta aquí apuntados muestran – independientemente de las diferencias apuntadas por grupos – que la base de todas las tendencias es posible apreciar, en mayor o menor grado, una posición de compromiso social y político. Solo resalta – aún cuando sea una posición minoritaria – una visión más descomprometida en dos subgrupos del conjunto: los/las desvinculados/as y los/as cuentapropistas de Ciudad de la Habana, porque entre ellos/as se encuentran las actitudes y percepciones de menor implicación política, unido a una posición de crítica hacia el desempeño de las organizaciones en su conjunto y a través de éstas a la manera en que el sistema y la sociedad funcionan, lo cual no resulta extraño si se tiene en cuenta que se trata de los sectores más distanciados de los canales de inserción y espacios de participación social existentes, y menos implicados en tareas y metas sociales.

Varolaciones finales

Para poder apreciar en toda su dimensión los resultados obtenidos acerca de la participación sociopolítica de la juventud en Cuba hoy, es importante tener en cuenta varios elementos que sin duda tienen una incidencia sobre la misma:

la manera en que históricamente tuvo lugar la participación política en Cuba como parte de un proceso mayor de participación popular y la forma en que se incorporó la juventud a este proceso.

el contexto socioeconómico actual en que tiene lugar.

la socialización recibida por los actuales grupos de la juventud.

la capacidad de las estructuras existentes para convertir a los/as jóvenes en partícipes de metas colectivas, es decir, las posibilidades reales y potenciales de los espacios de participación ya creados.

el contexto internacional, caracterizado por el abstencionismo y la pasividad política, fundamentalmente en los grupos juveniles, y el cambio hacia nuevas formas de participación social.

En el presente estudio se evidencia que la diversidad de criterios y enfoques y la gran cantidad de matices con que los/as jóvenes expresan sus percepciones acerca de su participación y la del grupo juvenil en general, está íntimamente asociada de manera esencial a cuatro elementos fundamentales:

La manera en que es concebido conceptualmente el proceso de participación por cada grupo o individuo.

La experiencia personal del/a joven en su recorrido histórico por las distintas organizaciones.

La orientación y el grado objetivo de implicación personal con las cuestiones políticas.

Su visión de la situación actual del país y el contexto social que le rodea y la manera en que se percibe a sí mismo/a dentro de éste.

A partir de esos elementos es posible identificar a manera de síntesis algunas tendencias generales en cuanto a la participación como proceso y sobre los espacios de participación.

En el primer caso predomina una visión estrecha acerca del proceso de participación, que limita su funcionalidad al cumplimiento de tareas, la presencia en actividades convocadas y/u orientadas y la solución de problemas concretos a partir de ello, así como a la canalización de criterios y opiniones, que deja fuera del análisis todo lo relativo a la influencia en la toma de decisiones y la codirección. Tales visiones tienen una incidencia determinante en la manera en que es evaluada no solo la participación del grupo juvenil en general, sino la propia: así, tanto aquellos/as que tienen valoraciones positivas como los/las que expresan un criterio más negativo en este sentido, parten de un análisis en el que lo que se tiene en cuenta de manera fundamental es en qué medida se cumple con las tareas y se asiste a las actividades.

Aun desde este enfoque limitado, es algo superior la visión de que hay dificultades con la participación de la juventud, aunque ello se contradice con la opinión mayoritariamente positiva que brindaron acerca de su propia participación.

En cuanto a los espacios participativos, se valora el papel de las organizaciones de manera positiva por considerárseles espacios que favorecen y contribuyen a la unidad y la organización, que cumplen un rol en el sentido de la información y la orientación, resuelven problemas y, en alguna medida, sirven para expresar criterios. Sin embargo, existe una visión mayoritariamente crítica acerca de su funcionamiento práctico, que alude fundamentalmente a los métodos y estilos de trabajo que han estado rigiendo su quehacer – más aún en el actual contexto en que la situación de crisis impacta de modo especial tanto objetiva como subjetivamente a este grupo – que hacen que la juventud se sienta menos motivada y poco representada por las mismas.

Por eso, a pesar de que tuvo muy poco peso la percepción de que el desinterés de algunos grupos de la juventud se produzca por desacuerdo con los principios o metas

de las organizaciones, sí hubo referencias bastante reiteradas sobre su mal funcionamiento e incluso sobre el poco ejemplo que representan militantes u organizaciones de base. Por esa razón, el criterio predominante, más que identificar la necesidad de creación de nuevas organizaciones para la juventud, señala el imperativo de readecuarlas a las nuevas circunstancias, y mejorar su funcionamiento.

Aunque es posible hablar de tendencias mayoritarias, también en la esfera de la participación resulta clara la fuerte heterogeneización de posiciones que se produce entre grupos de la juventud, desde el compromiso activo que puede estar matizado por la aceptación acrítica de los objetivos y métodos de las organizaciones (tendencia minoritaria) o por la crítica comprometida orientada a una mayor adecuación de sus funciones como espacios reales de participación, pasando por niveles de participación media de carácter más bien formal, hasta el descompromiso también activo y la crítica cuestionadora y escéptica.

Resulta interesante que, a diferencia de lo que ocurre en otras esferas sociales como la educación y el empleo, también tratadas como parte de la investigación mencionada, en que la pertenencia socioestructural marcaba con bastante nitidez las diferencias de posiciones, en el área sociopolítica ello no tiene un condicionamiento tan directo, sino que más bien se encuentra matizado por los factores arriba enunciados, en especial, el grado de implicación personal en tareas de naturaleza política. Ello no significa que no se aprecien ciertos comportamientos comunes a grupos específicos, como puede ser una mayor presencia de trabajadores por cuenta propia y desvinculados entre los más descomprometidos – pero también influido por el componente territorial (con mayor concentración de estas posturas en Ciudad de la Habana) – o mayor formalismo en las posiciones de los campesinos o los estudiantes de politécnicos, por mencionar solo algunos ejemplos; pero en la mayor parte de los casos la heterogeneidad de posiciones se expresa también al interior de los grupos.

Los resultados obtenidos evidencian la necesidad de reajustes y balances en este campo a nivel social, que permitan a la juventud redefinir su concepto de participación y trabajar por el desarrollo de sus espacios participativos, donde los intereses individuales encuentren un lugar más pleno en los objetivos sociales que éstos se plantean.

Bibliografía

Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP) (1997). Información estadística. La Habana, Cuba.

Borón, A. (1998). Requiem para el neoliberalismo. En: *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. pp. 167-199. Emir Sader (Ed.) Editorial Nueva Sociedad, Venezuela,

Dilla, H. et.al. (1993). *Participación popular y desarrollo de los municipios cubanos*. Centro de Estudios sobre América. La Habana, Cuba.

Domínguez, M.I. (1996). Generations and Participation in Cuba. En: *Cuba in the Special Period: Cuban Perspectives. Studies in Third World Societies*. Publication number Sixty. Virginia, USA.

Domínguez, M.I. (1997). La FEEM: Espacio para la participación juvenil. Ponencia presentada al XX Congreso de Latin American Studies Association, Guadalajara, México, Abril 17-19.

Fernández, O. (1996). Cuba: participación popular y sociedad. En: *La participación en Cuba y los retos del futuro*. pp. 37-55. H. Dilla (Comp). Centro de Estudios sobre América. La Habana, Cuba.

González Casanova, P. (1998). La democracia de todos. En: *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. pp. 23-33. Emir Sader (Ed.) Editorial Nueva Sociedad, Venezuela.

Krauskopf, D. (2000). Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes. En: *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Pp. 119-134. S. Balardini (Comp.) CLACSO, Buenos Aires.

Montaño, C.E. (1992). *La Participación en organizaciones democráticas y autogestionadas*. Centro Latinoamericano de Economía Humana. Montevideo, Uruguay.

Oppenheimer, T. (1995). Rights and responsibilities of youth. *Hope '87 Newsletter*. Viena, Austria.

Organización Iberoamericana de Juventud (OIJ) (1999). *Carta Iberoamericana de Derechos de Juventud*. Madrid, España.

Reguilló, R. (2000). Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión. En: *Aproximación a la diversidad juvenil*. pp. 19-44. G. Medina Carrasco (Comp.). El Colegio de México.

Sandoval, M. (2000). La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes. En: *La participación social y política de los*

jóvenes en el horizonte del nuevo siglo. pp. 147-164. S. Balardini (Comp.) CLACSO, Buenos Aires.

Serna, L. (1998). Globalización y participación juvenil. En búsqueda de elementos para la reflexión. Revista *Jóvenes*. No. 5. Julio - diciembre, pp. 42-57, México.

Soares, C. (2000). Aspects of Youth, Transitions and the End of Certainties. *International Social Science Journal*, 164, pp. 209-218, UNESCO, París.

Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) (1990). *Sin formalismos*. Informe Central al V Congreso. Editora Abril. La Habana, Cuba.

UJC (1998). *Informe Central al VII Congreso*. Editora Abril. La Habana, Cuba.

Urresti, M. (2000). Paradigmas de participación juvenil: Un balance histórico. En: *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. pp. 177-206. S. Balardini (Comp.) CLACSO, Buenos Aires.

Valenciaga, C. (1997). Apostamos por un ser humano mejor. (Entrevista del Presidente de la FEU). *Periódico Juventud Rebelde*. 14 de diciembre.

Vicente, M. (1999). La participación sociopolítica: clave del protagonismo juvenil. En: *Cuba: Jóvenes en los 90*. Editora Abril. la Habana, Cuba.

Vilas, C. (1998). Buscando al Leviatán: hipótesis sobre ciudadanía, desigualdad y democracia. pp. 115-134. En: *Democracia sin exclusiones ni excluidos*. Emir Sader (Ed.) Editorial Nueva Sociedad, Venezuela.